

pondió uno, en España no hay bestias ni vulgo como en las demás naciones. En otros desvanes hay vanos de mas perjudicial ralea; pues hay hombres que por el necio afán de hacerse célebres se arrojan hasta á cometer maldades. Cita al que abrasó el templo de Diana porque se hablase de él en el mundo; y ocurresele esta juiciosa reflexion: ¡Oh, cuántos han hecho otro tanto abrasando las ciudades y los reinos, no mas que porque se hablase de ellos, pereciendo su honra, pero no su infamia!

De esta crisis diríamos que no tenia igual si no fuese por la que sigue, á quien da el autor nombre de la *Cueva de la nada*, donde se van sumiendo todos los que pasaron la vida en una inútil holganza ó en obras que en nada aprovechan á sus semejantes. En ella ofrece con viveza y energía lecciones á nuestros nobles para sacudir el torpe letargo en que yacian sumidos, y pluguiera á Dios hubiesen sido eficaces sus palabras. No eran por desgracia aquellos los tiempos que corrieron desde el reinado de Isabel al segundo de los Felipes. Allí además se lee una sátira contra infinitos libros insulsos en que autores sin talento malgastaron su tiempo, ya de imaginacion ya de historia, sin perdonar tampoco tanto grueso comentario de legislacion y de materias escolásticas y morales como nos regaló aquel siglo para abultar inútilmente nuestras bibliotecas; comentarios en que no se hace mas que repetir lo que otros han dicho, sin enseñar nada nuevo; expositivos, segun él dice, secos como esparto que solo se ocupan en tejer lo que ha mil años se estampó, todos los cuales desaparecen en la anchísima y profunda cueva de la nada.

Grande este libro en la concepcion de su plan, ingeniosísimo en su desempeño, discreto en su critica, y nuevo en sus pormenores, ¿cómo no es celebrado y reimpresso entre aquellos que la Europa venera y estudia por clásicos é inimitables? No ciertamente porque rebaje su mérito la frialdad, compañera casi inseparable de la alegoría; es porque se echa de menos en él aquel claro oscuro, por quien resaltan las gracias del estilo. Aprendan con esta leccion severa los que le descuidan, juzgándolo como mero accesorio de que se puede prescindir en un libro, y vean que si es accesorio, es de aquellos sin los cuales nunca una obra consigue la inmortalidad. Gracian, pensador profundo, ingenio sutil y creador, no fué un gran escritor por su empeño en ser un escritor extraordinario. Segun el sistema de escribir que se habia propuesto, no se permitió enunciar ninguna idea que no fuese de un modo muy separado del vulgo, ni fiar á la pluma renglon que no fuese un concepto; perdiendo de vista que los modos de hablar vulgares son en general los mejores, y que el concepto es un adorno, pero no debe formar la esencia del lenguaje; y que como la sal, debe sazonar, pero no destruir el condimento. Guiado de tal sistema, que pervirtió en él las mas asombrosas disposiciones, desde el principio hasta el fin del libro descarga sobre el lector, sin dejarle tomar aliento, una nube de conceptos y pensamientos sutiles, que repartidos con economía, fueran agradables y pudieran ser oportunos; pero agolpados de tropel, confunden y fatigan, privando al estilo de la naturalidad que atrae y de la variedad que recrea. Asi pues, entreteniéndolo y aun excitando nuestra admiracion, cada alegoría leida de por si es un encanto; leer de seguida en su totalidad *El Criticon*, una obra de paciencia. Banquete de manjares suculentos, condimentados de mas, y todos del propio modo, llegan sus bocados á hastiar el paladar, y el estómago no puede resistirlos (1).

Llevamos visto que ninguno de los ramos que produce el árbol frondoso de la novela dejó en los siglos XVI y XVII, en este último sobre todo, de ser cultivado con lauro por los españoles. Tantos y tan aventajados escritos y tan grandes escritores, eminentes si se los mira en sí, y mucho mas si se comparan con todos los que entonces producía el resto de Europa, hacian que España dominase donde quiera por las letras al mismo tiempo que extendía su imperio por las armas. La lengua española, estudiada por todos los pueblos con esmero, habia sucedido á la latina en la dignidad

(1) Don Diego de Torres y Villaroel no fué admirador ni aun partidario del *Criticon*, del que dice que el juicio formado por los hombres de capacidad se ha vuelto contra la fama de su autor; y cita un libro que escribió contra la obra, titulado: *Critica reflexion y censura de las censuras, Fantasia apologetica y moral*, escrita por el doctor Sancho Terzon y Muela, donde, segun su dicho, se contienen los errores de Gracian en *El Criticon*, afirmando que condena todas las acciones, introduce malicias en lo que no hay, satiriza los aciertos, persigue las virtudes, y aplaude algunos disparates. Era Torres entusiasta por Quevedo, á quien procuraba imitar, y lo que al

parecer le indispuso principalmente contra Gracian, fué el haber dicho, á la verdad no con mucha razon, que las hojas de Quevedo son como las del tabaco, de mas vicio que provecho. (*El Ermitaño y Torres*, aventura curiosa en que se trata de la piedra filosofal, Madrid, en la imprenta de Benito Cano, MDCCLXXXIX, pág. 50 y siguientes.)

Capmani, en su *Teatro critico de la elocuencia española*, y Bouterwek, en su *Historia de la literatura española*, han apreciado con buen criterio á este autor; pero el mejor juicio del *Criticon* es el que formó monsieur Viardot en sus *Estudios sobre España*.

de ser la universal (1). Por esto se hacian multitud de ediciones y se expendian miles y miles de ejemplares de las obras de nuestros ingenios, consumiéndose la mayor parte fuera del reino, donde eran nuestros autores mas admirados y reverenciados que en su propia casa. Y como no todos en los países extranjeros se hallaban en el caso de tener medios y espacio para dedicarse al estudio de la lengua española, y á todos llamaba la atencion lo que en este brillante pueblo se pensaba y escribía, apenas tenian otra ocupacion sus literatos que traducir lo que salía de nuestras imprentas. Numerosos ejemplares de estas traducciones, unidos á los que se despachaban del original, daban á nuestros libros una popularidad increíble, que sostenia la influencia de nuestros gustos. En especial no habia lugar donde no penetrasen las obras de imaginacion, por tener los españoles fama justamente adquirida de ser el pueblo de Europa de mas amena inventiva para cuentos, anécdotas y novelas. Si se quiere un ilustre testimonio, oigase al gran Torcuato Tasso, que decia que quien nos hizo conocer á Amadis, amante de Oriana, merece mas elogios que los escritores franceses, sin exceptuar á Arnaldo Daniel, autor de *Lanzarote*, á pesar de las alabanzas que le dió el Dante, quien si hubiera leido el *Amadis de Gaula*, el de Grecia y el *Pigmaleon*, hubiera mudado de dictámen, reconociendo que los poetas españoles pintan el amor con mayor nobleza y energía que los franceses. El juicio de este grande poeta en materias de imaginacion y de gusto es inapelable, pero aun tiene mayor fuerza si se encuentra comprobado por la aficion general.

La Francia, sobre todo, esa reina al presente del mundo por sus modas y por sus libros, no sabia obrar ni pensar sino por los ojos de los españoles, aunque casi siempre su enemiga política. Vestía á la española, y á la española escribía. Impregnados sus literatos del espíritu de nuestros libros, si algo producian, no era otra cosa que pálidas imitaciones y débiles reflejos de los que iban de España. Si en algun género copiaban á los escritores de Italia, téngase en cuenta que los estados de esta península eran en su mayor parte provincias de nuestra monarquía, obedientes á nuestras leyes, y los que no, sujetos como estas á nuestro influjo. D'Urfé, que tuvo encantada á la Francia en su siglo, y cuyos desmesurados elogios se leen, como hemos visto, en el *Tratado del origen de la novela* del obispo de Avranches, se granjeó su gran reputacion imitando nuestras pastorales: dice el Obispo que las aventajó; pero en este dictámen no puede verse mas que una disimulable exageracion del amor patrio. Mademoiselle Scudery debió no menos su gran renombre en sus extensas novelas á la imitacion del genio español. Este fué el Apolo que inspiró á monsieur Calprenéde aquellos héroes que marchan siempre con la frente erguida, aquellos caracteres arrogantemente dibujados, entre los que sobresale el de Artaban, que ha quedado en su patria por proverbio; héroes cuyas elevadas aspiraciones hicieron decir á un crítico francés que el estudio de las obras de este autor, en que se respira el heroísmo, puede aprovechar á los que se dedican á la tragedia, siempre que no se caiga en el extremo que Crebillon. El mismo crítico añade que no puede menos de confesar que los franceses fueron imitadores en todo; que imitaron á los españoles, los cuales á su turno habian imitado á los árabes, y que la galantería entusiasta de ambos pueblos, aquellas pasiones exaltadas, los paladines invencibles que disponian del destino de los reyes, todas estas ideas, fuera de la naturaleza y de la verosimilitud, dominaron en la literatura francesa al mismo tiempo que la potencia española daba el tono en Europa y le hacia adoptar sus trajes, sus fiestas y sus torneos.

Por distinta via que Calprenéde, Scarron, que tuvo gran número de aficionados y admiradores,

(1) El maestro Paton en su *Elocuencia española*, libro impreso en Valladolid en 1604, hablando en su prólogo de la popularidad de esta lengua, dice: «Haber deprendido los moros de Castilla y las Indias á sus reyes sujetos esta lengua, no lo tengo por grandeza ó blason; mas que otras naciones donde los españoles no tienen ningun señorio de propia voluntad, forzados de conocer su elegancia, cortesía y suavidad la procuran saber, esto es de mucha estima. En Roma hay estudios de lengua española, como de latina y griega y hebrea, y los nobles procuran dar á sus hijos ayos españoles, á fin de que les enseñen la lengua. Y esto no es de ahora, que parece está esta lengua en el estado, colmo ó cumbre de su perfeccion, como la latina en los tiempos de Ciceron; mas cincuenta y mas años ha que en Francia se enseñaba por arte con estudios públicos, como consta de un privilegio concedido á Bartolomé Cravio para que entre otros libros que en escuelas se leian pudiese imprimir una arte para

enseñar la lengua española á los franceses.» (Copia el privilegio, que es en latin, del año 1555; y en seguida algunos párrafos del prólogo del impresor, en francés, pero con tantas erratas, que apenas se adivina el sentido.) El autor del dicho arte, despues de decir que no hace falta manifestar al pueblo francés la utilidad y hasta necesidad del estudio de la lengua española, al dar sus preceptos viene á oofesar que no la tiene por inferior á la griega y latina.

Cervantes, en su *Persiles y Sigismunda*, dice en comprobacion de lo cultivada que era en aquel tiempo en Francia, lib. III, pág. 162 del t. II, edicion de Sancha: «Llegaron así (las damas francesas Deleasir, Berlamina y Félix Flora), habláronlas con alegre rostro y cortés comedimiento, preguntáronlas quién eran en lengua castellana, porque conocieron ser españolas las peregrinas, y en Francia ni varon ni mujer deja de aprender la lengua castellana.»

debió sus lauros también al gran partido que supo sacar de las obras españolas. Nadie ignora que las novelas que sacó á luz con el título de imitadas de las castellanas fueron recibidas con aplauso y leídas con entusiasmo; y aunque despues la variacion del gusto las hizo decaer, esto ha de atribuirse al defecto de no pintar las costumbres nacionales y á que, siendo copia de las extranjeras, no igualaban la exactitud y valentía en el pincel de los autores de quienes tomó la idea. Sin duda tomó la de su mejor obra, que es el *Roman comique*, de nuestras novelas picarescas. En ellas bebió la naturalidad y el estro que le caracterizan y que supo hacer suyos auxiliado de sus buenas disposiciones; en ellas el picante desenfadado y los agradables donaires que tanto le recomiendan, por mas que despues una refinada cultura le anatematizase, teniendo sus gracias por mas dignas de la taberna que de los aristocráticos salones de los cortesanos de Luis XIV.

Todo el mundo sabe que en la primera mitad del siglo xviii el teatro francés no se alimentó sino de traducciones españolas. Merced á ellas, se vieron libres sus ingenios de recorrer todos los periodos de la infancia del arte. Con ellas y con el estudio de sus originales se formaron Corneille y Moliere, que no se diferenciaron de los demás traductores sino en el superior talento con que habiendo sabido refundir sus versiones de un modo mas acomodado al gusto francés y á las doctrinas literarias que se enseñaban en la escuela y que con fe viva habia abrazado aquel pueblo, crearon el teatro de su nacion y pudieron atreverse á echar á volar las obras de invencion propia haciendo eternos sus nombres. Lo que con el teatro, sucedió con las obras de lectura; la traduccion é imitacion de libros españoles, perfeccionando la prosa y vigorizándola con nuevas ideas, puliendo el lenguaje, dándole nuevos giros y mayor armonía y riqueza, prepararon á los escritores del siglo de Luis XIV el instrumento que les habia de servir para sus obras inmortales. Injustos fueron estos en la época de su gloria con los que les habian legado ya desbastados los medios de conseguirla. Despreciando y ridiculizando, cuando en sus manos las ideas variaron y se purificó el gusto, á los autores que los habian precedido, afectaron tratar de bárbara y grotesca la literatura española; y en vez de reconocer los bienes que á ella debian, los llegó á persuadir la ingratitud de que la afición á su cultivo solo habia servido para retrasar entre sus mayores la aurora del buen gusto. Ignoramos la razon de esto.

De todas las novelas españolas que se imitaron en Francia lograron conocida preferencia (por ser mas análogas á la indole altanera de su orgullosa nobleza) las caballerescas y heroicas, precisamente aquellas en que mas resaltan los defectos que sus críticos nos acriminaron. En ellas es en las que se nota exageracion en el heroismo, exageracion en la galantería, exageracion en los sucesos así como en los sentimientos, y afectacion en el relato. Con ellas dicen que los españoles inocularon en los franceses este vicio, si bien es de creer que aunque en España no se hubiese escrito ni un libro caballeresco, hubieran de la misma manera adolecido de él, por ser esta extralimitacion en todas las ideas heroicas el carácter especial del estado social de Europa en aquel tiempo. Pero si España le comunicó el mal, ella les envió también el remedio. En la misma sazón en que estaban en su auge los libros de caballerías penetró en Francia el sublime libro debido á la pluma de un español que, ridiculizando todo lo que habia en aquellos de exagerado y fuera de razon, ponía remedio á su contagio. Y ya hacia mucho tiempo que los españoles estaban curados de la enfermedad caballeresea, merced á este antidoto, cuando los franceses se entregaban con todo frenesí á la composicion de tales libros: testimonio irrefragable de que en los cerebros transpirenaicos se hallaba el mal en estado de recrudescencia tal que resistia á la eficacia de una medicina suficiente para España. Sin embargo, no tienen que quejarse de los efectos que en su suelo produjo la exaltacion de ideas que nos culpan haberles comunicado. ¿Quién sino los exaltados sentimientos de heroismo y el entusiasmo de la galantería española puso en movimiento la actividad de la imaginacion francesa, y creando en el Rey un carácter grandioso y algun tanto novelesco, fué el germen de las grandes acciones y de las excelentes obras que ilustraron el reinado de Luis XIV? Sus eminentes escritores, mientras la crítica mordaz nos ponía por blanco de la sátira, no desdeñaban estudiar un idioma que, á hacer caso de aquella, jamás produjo sino monstruos. Sabemos que Racine, como la mayor parte de los hombres que dieron á la Francia propia literatura nacional (citamos á Racine por ser el que mas se separa de nuestros escritores por la parsimonia y por la pureza clásica de estilo), sabemos, repetimos, que hablaba el castellano, y habia sido en su juventud afecto á nuestros libros: algun provecho sacaria de su lectura (1).

(1) En la coleccion impresa de las cartas de Racine el padre, se lee. En la carta vi á monsieur Lavoisier, haciéndole la cita de un autor, le dice: «Yo quisiera por vues-

tra satisfaccion que este autor fuese italiano ó español.» Hallase en la siguiente al mismo: «Desde Leon comencé á no entender el lenguaje, y necesitaria un intérprete del

Es tanto mas injusto el furor con que los críticos franceses se ensañaron en nuestras letras, cuanto que no cuidándose de acudir á las fuentes, juzgaron de ellas por los libros que sus naturales habian compuesto á imitacion de los nuestros. Podian aquellos prestarse á los tiros de la crítica, á causa de que sin saber copiar las bellezas de sus modelos, por propia confesion de los literatos franceses (1), exageraban sus defectos; pero nunca de la falta de habilidad de estos franceses debe responder la literatura española. Con el encanto de un seductor estilo y de una lengua elegante y rica en galas para hermosear cualquier pensamiento, hacian desaparecer muchos defectos nuestros escritores; mas los transpirenaicos, teniendo que servirse de una lengua atrasada é ingrata, no podian menos de anublar muchas bellezas con la pesadez y rudeza de su estilo. Está pues fuera de toda razon hacer responsables á Mendoza, Montemayor y Cervantes de los defectos en que hizo incurrir á sus imitadores el valerse de lengua, diversa en indole, pálida, rebelde, inarmónica y pobre.

Favorecian estas injustas criticas las ideas francesas en puntos literarios; ideas emanadas del mezquino sistema que pretendia encerrar al ingenio en estrecho círculo de media docena de reglas convencionales, buenas como consejos del gusto, pero desatinadas cuando se las quiere levantar á la esfera de leyes inviolables: por eso, tan luego como se comenzó á juzgar de un modo mas ecléctico las obras de imaginacion principiò la opinion á variar al instante de rumbo. Despues de lo mucho que se habia declamado contra el mal gusto de los ingenios españoles, el sabio Linguet, traductor de algunas comedias escogidas (2) de nuestro teatro, decia á fines del siglo pasado que las novelas españolas eran tan vigorosas y de tacto tan fino, que se aventajaban á las ideas comunes del siglo, y que contribuyeron mucho á la perfeccion de la lengua francesa, cuyas novelas no fueron mas que traducciones ó imitaciones suyas. Opina además que por lo general estaban mejor escritas que las composiciones dramáticas, porque se acercan mas á la originalidad natural. Este juicio, para nosotros tan favorable, ha ido tomando cuerpo, reconociéndose generalmente hoy dia la exageracion y falta de equidad de la censura que dictó á nuestros vecinos un impertinente y mal entendido orgullo.

Alcanzados tantos y tan envidiables triunfos en cuantas especies de novelas hay conocidas, dados ejemplos de grandes primores, si bien no todos puros y regulares, solo hacia falta que los españoles, amalgamando los distintos géneros de novela, formasen un cuadro donde nos diesen á conocer completamente la sociedad, reuniendo los diversos personajes cuyos retratos aislados habian aparecido en cada una de aquellas. A esto parece que se dirigió la de que vamos á hablar. Estando en todo su auge la gloria de la literatura francesa que habia oscurecido con sus deslumbrantes resplandores el estudio de la española, un literato de aquella nacion, hombre de exquisito gusto, pero de talento poco creador, que todavía nutria su imaginacion en el copioso manantial de nuestras obras, publicó el *Gil Blas de Santillana*, libro ingenioso, donde se presentan los mas notables caracteres de la novela castellana con tal novedad y gracia que hizo á los franceses, ocupados tan solo en contemplar su propia gloria, volver de nuevo la vista hácia el gran valor de nuestras propias invenciones. Reñidos debates ha habido sobre si la composicion del *Gil Blas* fué originariamente española, y el trabajo de Le Sage el de un mero traductor, ó si este la compuso de suyo con elementos españoles, tomados de acá y allá con eleccion acertada. El conde de Neufchateau sostuvo este último extremo; don Juan Antonio Llorente el primero, adjudicando la gloria de la primitiva composicion al célebre don Antonio Solís. Mas ni Llorente en sus ingeniosas *Observaciones* prueba (3) su

mismo modo que un moscovita en Paris. Sin embargo, he llegado á notar que es un compuesto de italiano y español, y como poseo bastante bien estas dos lenguas, me valgo de ellas para darne á entender. — En la carta xii, dirigida á monsieur Vitart: «La moda de este país (del Languedoc) es de vestirse de un paño de España muy bueno, que cuesta veinte y tres libras; mi tio me ha hecho un vestido de él, y parezco uno de los personajes de la villa.» — En la carta xxiv á monsieur Lavoisier, dice: «¡Qué bien que sosteneis vuestra gravedad española! Parece que al aprender esta lengua habeis tomado el humor de su nacion. Andais á pasos tan contados, que escribis en tres meses una carta.» — Y mas adelante: «No creais que mi biblioteca sea muy dilatada; el número de mis libros es corto y poco á propósito para enseñar galanterías; son sumas de teología latinas, meditaciones españolas, algu-

nas historias italianas, los padres griegos, y ninguno francés: ved si encontraré aqui alguna cosa que pueda agradar á vuestras bellas.»

Racine estudiaba entonces para clérigo, siendo la mayor parte de los libros que manejaba *meditaciones españolas*, como las mejores que entonces se conocian por su unción, elocuencia y estilo. No se aprovecharon poco de ellos Bourdaloue, Masillon y los grandes predicadores de Luis XIV.

(1) Laharpe, *Cours de littérature*.

(2) Las publicó en cuatro tomos en 8.º en 1774 con el título de *Teatro español*: las palabras que en seguida referimos son del prólogo.

(3) Observaciones criticas sobre el romance de *Gil Blas de Santillana*, en las cuales se hace ver que monsieur Le Sage lo desmembró del de *El bachiller de Salamanca*, en-

aserto, ni las razones del Conde convencen por completo, ni tiene mas fuerza la opinion del escritor español moderno que le sigue y trata de probar su sistema, manifestando que los modelos de muchas de las aventuras del *Gil Blas* se hallan esparcidos en otros libros impresos y conocidos, puesto que no implica contradiccion que el autor francés tradujese un manuscrito español é intercalase en él, sin variar su plan y contextura primordial, cuantas historias creyese que le podian dar mayor amenidad y agrado (1). Cuestion es esta que nunca se resolverá; pero en la cual el argumento de la influencia grande y beneficiosa de nuestras obras de imaginacion en la literatura francesa brilla mas cuanto mas se adopte la opinion menos favorable á la parte que tuvo el ingenio español en la composicion del *Gil Blas*: cuando se quiera seguir como verdadero el sistema del conde de Neufchateau. Admirable es, en efecto, que un francés que floreció en el reinado de Luis XV, y que nunca estuvo en España, retratase con tal fidelidad las costumbres españolas, que hombres tan conocidos como el padre Isla y Llorente no pudiesen persuadirse de que fuese de extranjera mano la pintura, cuando hoy dia franceses que visitan nuestro país y viven entre nosotros no escriben acerca de nuestra nacion sino despropósitos, patrañas y ridiculeces. Y se ha de atribuir esto, sin duda, á que profesando el autor del *Gil Blas* con incansable ardor las letras castellanas, de cuyo tesoro tomó toda su vida el fondo de sus composiciones, llegó á identificarse con el carácter español, mientras que sus conciudadanos al viajar por nuestro suelo, no pudiendo ó no queriendo desprenderse de las ideas francesas de que vienen imbuidos, lo ven todo por el prisma de sus preocupaciones nacionales, que tergiversan cuantos objetos se ofrecen á su vista.

Cuando el *Gil Blas de Santillana* vió la luz en Francia como brillante muestra de la poderosa imaginacion española, llevaba esta medio siglo de yacer adormecida y en silencio, habiendo sucedido á la fertilidad de la primera mitad del xvii una esterilidad inconcebible, ahogados los alientos del ingenio español por la degradacion política del reinado de Carlos II. Recuperada algun tanto la monar-

tonces manuscrito español inédito; y se satisface á todos los argumentos contrarios publicados por el conde de Neufchateau miembro de la Academia francesa, ex-ministro del Interior. Madrid, imprenta de Tomás Alban y compañía. 1822.— Un tomo, 8.º

(1) El doctor don Antonio Puigblanch, hombre de instruccion, aunque presuntuoso y procaz, ofreció en Londres una nueva traduccion del *Gil Blas*, hecha en vista de la del padre Isla, corrigiendo, dice, los defectos del lenguaje y estilo en que aquel incurrió. Tan satisfecho estaba el doctor Puigblanch de su obra, que se atrevió á presentarla como modelo de buenas traducciones. El mismo, en sus *Opúsculos gramático-satíricos contra el doctor don Joaquín Villanueva, escritos en defensa propia, en los que tambien se tratan materias de interés comun* (Londres, en la imprenta de G. Guthrie, 1833, dos tomos en 8.º), dice á la pág. 572 del segundo, hablando de la cuestion elevada sobre la primitiva invencion del *Gil Blas*: «Tengo examinada esta cuestion mas de raiz que la examinó Llorente, de cuyo trabajo no puedo menos de decir que se resiente de precipitacion, y que en él sentó su autor como positivos algunos datos no bien averiguados. En un discurso, que precederá á la traduccion que tengo anunciada del *Gil Blas*, se verá que no hay fundamento para privar á Le Sage del mérito de aquella composicion; así como, por el contrario, no cabe duda en que se aprovechó de varios pensamientos de autores nuestros, lo cual ya lo conceden los franceses, y yo citaré algunos fuera de los advertidos por otros. Señalaré además una obra nuestra, escrita por los años de 1640, parte en verso y parte en prosa, cuyo objeto, y puedo añadir que tambien el plan, es el mismo que el del citado romance, esto es, una pintura del hombre en los diferentes estados de la vida civil, en la cual obra, que tambien contiene como el *Gil Blas* una sátira, no bien disimulada, del gobierno del conde-duque de Olivares, y que se imprimió dos veces en Francia, y una ó dos en Flándes, y ninguna en España, se registran algunas especies manifestamente adoptadas por Le Sage. Puede muy bien la obra á que aludo ser la misma que oyó el padre Isla decir que fué

entregada manuscrita por un abogado andaluz á Le Sage (creyéndose erradamente que este estuvo y residió en España, no habiendo estado nunca) para que cuidara de que se imprimiese en Francia, traducida al francés. Su autor, el cual, segun parece, siguió la carrera de leyes, y residió primero en Sevilla, y despues en Madrid, se expatrió voluntariamente por habersele movido una persecucion en la corte, de modo que no envió su obra á Francia, sino que pasó él mismo allá á imprimirla, donde tambien imprimió otras. En una palabra, si hay alguna obra de la que pueda con fundamento afirmarse que sirvió de base á Le Sage para su romance del *Gil Blas de Santillana*, es esta que yo apunto. Desde luego no se puede negar que el escritor de que hablo ganó por la mano al francés, en cuanto á la idea y al plan, no obstante que el segundo mejorase ambas cosas considerablemente; lo cual satisfizo los deseos que manifestó el primero, así al principio como al fin de su obra, de que otro despues de él diese otra mas perfecta. A la misma obra pudo el padre Isla deber el pensamiento de llamar Jerundio á su fraile de Campazas, como que en ella ocurre un don Jerundio; pero decia ser en su juventud cuando la leyó. Ni entonces hubo de advertir la analogia que con ella tiene el *Gil Blas*, que tradujo siendo ya muy viejo.— Por distinto camino va á parar el doctor Puigblanch al mismo punto que Llorente, que es que Le Sage tuvo un original español para su fabula. Puigblanch avanza mas la cuestion hácia su desenlace: segun Llorente, fué un manuscrito; segun él, un libro impreso varias veces en Francia y Flándes, lo que facilita la averiguacion. Copiamos tan largo párrafo del doctor catalán, ya por hacer á nuestro propósito, ya porque pertenezca á una obra polémica, impresa en Londres, que suponemos no muy conocida en España. A lo menos don Félix Torres Amat no tuvo de ella noticia cuando escribió su *Biblioteca de escritores catalanes*, por cuyo motivo el artículo del doctor Puigblanch está muy manco, no haciéndose mencion en él de multitud de obras que cita el doctor en esta, como producto de su laboriosidad.

quía con el advenimiento de los Borbones al trono de España, empezó á alentar la literatura seria, pero no volvieron á levantar cabeza los estudios amenos; en este punto bastaba á nuestros abuelos lo que les venia de Francia. La nacion poderosa que habia influido sobre ella, abatida y atrasada, sufría ya su influencia; la reina que dió leyes, descendió á ser tributaria; y aun experimenta ese yugo, que no sacudirá de su cuello mientras los aciertos gubernativos no la hagan recobrar su independencia moral, reponiéndola entre las naciones el preeminente asiento que perdió por pasados desaciertos. Entre tanto, como el que por su culpa ó su desgracia cae en el infortunio desde la cumbre de la prosperidad, halla su consuelo al recordar los tiempos de su ventura, los buenos españoles se alientan en medio de la impotencia de los modernos ingenios, repasando la gloria de un Mendoza, de un Montemayor, de un Aleman, que ilustraron el siglo xvi; de un Cervantes, de un Lope, de un Espinel y de un Tirso, que puestos entre dos siglos, vieron espirar aquel y comenzar el xvii.

Antes y despues de estos hubo otros escritores de varia índole y gustos y de diferente mérito, así como de distinta fama y nombradía. Unos que, habiendo dado muestra de relevantes talentos en otros géneros, gozaban ya de nombradía, respetados del público, que han trasmitido á la posteridad; otros que, presentándose por primera vez en este, y no sobresaliendo despues en otros, no han logrado que fuese tan popular su memoria.

De muchos de ellos se ofrecerán obras en el presente volumen; y puesto que á mi escrito ha cabido la suerte de servirle de prólogo, no estará de mas que demos una noticia mas individual de los autores que comprende.

El primero que se ofrece á los ojos del lector es ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO, escritor infatigable, á quien vió nacer la corte al mediar el último tercio del siglo xvi. Fueron sus padres el licenciado Diego de Salas Barbadillo, agente de los negocios de Nueva España y de la causa de la canonizacion de san Isidro, y doña Maria de Porras, personas que no debian estar mal acomodadas puesto que vivian en casa propia en la Morería, parroquia de San Andrés. Esto hubo de proporcionar al hijo las ventajas de una educacion esmerada. La actividad de los ingenios de aquel tiempo era, como hemos podido ver, incansable; ó sus afanes mejor recibidos del público que al presente, ó estaban menos sujetos á desmayos. BARBADILLO en fecundidad rivalizó con ellos, produciendo desde 1608 (en que parece sacó á luz *La Patrona de Madrid*, poema épico, que despues se ha reimpresso) multitud de obras apreciables (1).

Fué criado de la real casa, no se sabe en qué categoria; pero luego que entró á reinar Felipe IV, el afecto del Rey, por humilde que aquella fuese, lo igualaria con los de primera, segun la propension que tuvo el monarca á favorecer á los hombres de ingenio. El regio agrado le estimularia mejor que otra recompensa á trabajar sin descanso hasta que la muerte le quitó la pluma de la mano en lo robusto de su edad, que si llegaba, pasaba poco de los cincuenta (2). El que se encargó de publicar su última obra (*Coronas del Parnaso*) hizo al frente del libro un breve pero sentido elogio del difunto escritor. «En estas obras póstumas (dice recomendando el libro al lector) logra las mismas locuciones, las mismas sales, los mismos picantes, las mismas frases y las mismas elocuciones que en todas las que escribió como cristiano y como filósofo, y filósofo cristiano. Como cristiano desengañado, y como filósofo mal sufrido en la relajacion de las costumbres, contra las cuales se le venian á la pluma invectivas chistosas y avisos morales sin ofension de las personas. Escribió siempre en

(1) En 1612 dió á la estampa en Lérida *La ingeniosa Helena*, cuya impresion se repitió en Madrid dos años despues, en 12.º En 1613 publicó tambien en la corte *El curioso y sabio Alejandro, fiscal y juez de vidas ajenas*, y en el mismo año en igual punto, *Bocas de todas verdades*. En 1618, las *Rimas castellanas*, que dedicó al marqués de Cañete. En 1619, la segunda parte de *El caballero puntual*, cuya primera ignoramos en qué año se imprimió. En 1620, las seis obras *El necio bien afortunado, El sagaz Estacio ó marido examinado, Casa del placer honesto*, en cuyo prólogo ofrece segunda parte; *El caballero perfecto*, primera parte; *El sutil cordobés Pedro de Urdemalas*, que tambien dice ser primera parte, á la que va unida la comedia de *El gallardo Escarraman; La escuela de Celestina*, y en fin, la comedia *El hidalgo presumido*. En 1621, *Los triunfos de la venerable soror Juana de la Cruz*. En el mismo, *El cortesano descortés* y *La sabia Flora mal sabidilla*. En 1622, *Las fiestas de la boda de*

*la incasable mal casada*. En 1623, *Don Diego de noche*, cuya impresion se repitió al año siguiente. En 1627, *La esta/eta del dios Momo*. En diferentes tiempos, *El licenciado Talega* y *El coche de las estafas*; y últimamente, cuando murió en 1633 estaba para publicar *Las coronas del Parnaso* y *Platos de las musas*, que en la corte y en el mismo tamaño en 8.º (como todas las obras de este autor) sacó á luz por aquel tiempo un íntimo amigo suyo. A este catálogo hay que añadir varias comedias y otros versos que leyó en justas y certámenes poéticos.

(2) Segun consta de los libros de óbitos de la parroquia de San Justo, falleció á 10 dias del mes de julio de 1633, en la calle de Toledo, casas de la Compañía; recibió la extremauncion; no testó; enterróse en San Justo; pagó el entierro doña Magdalena Barbadillo, su hermana, que vivía en la dicha casa y calle; y pagó á la fabrica sesenta reales. Equivócase pues Baena cuando supone que murió en 1630.